

Rebeca Sanmartín Bastida. Pról. Dámaso López García. *La representación de las místicas: Sor María de Santo Domingo en su contexto europeo*. Propileo Estudios, 1. Santander: Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2012. 465 pgs. ISBN: 978-84-938719-4-9.

Reviewed by: María Luengo Balbás
Fundación “Estudio”



Rebeca Sanmartín sabe acertar con el título de sus trabajos y así lo demuestra con el nombre de esta investigación monográfica que sintetiza de manera precisa la tesis del estudio; en dicho título se desvela el doble propósito que persigue esta investigación: por un lado, delinear el modelo de la mística femenina europea que se desarrolló desde la Edad Media hasta el Renacimiento y, por otro, inscribir a la beata peninsular Sor María de Santo Domingo dentro de este movimiento espiritual.

Con el presente estudio, Sanmartín Bastida ha abierto una línea de investigación dentro de la crítica hispánica, que hasta el momento había observado los movimientos místicos desde una perspectiva menos amplia: de un lado, la mayor parte de la crítica ha estudiado la mística hispánica a partir de la figura de Santa Teresa y ha visto los modelos anteriores, que se repasan en este monográfico –María de Toledo, Sor María de Ágreda, Sor Juana de la Cruz...-, como figuras precursoras pero no propiamente místicas; por otra parte, el monográfico subsana un error repetido en la crítica que ha estudiado la mística continental, la omisión de los movimientos que se dieron en la Península y que, como demuestra este estudio, estuvieron influidos por las manifestaciones espirituales femeninas que se estaban desarrollando en Europa.

La investigación se propone abordar esta materia desde una perspectiva multidisciplinar que atiende tanto a los relatos hagiográficos que recogen las vidas de estas mujeres, como a sus escritos visionarios, así como a las manifestaciones artísticas que pudieron influir en la creación de este modelo religioso. A partir de la propuesta de la *performatividad* enunciada por Judith Butler, Sanmartín busca hallar los roles que las místicas y visionarias europeas fueron construyendo, imitando y recreando, y que con el paso del tiempo supusieron el patrón de conducta que sirvió para trazar una delgada y peligrosa línea que determinaba qué mujeres podían ser consideradas visionarias y cuáles no. El apartado final de la investigación, “Las desviaciones de la imitación” (398-430),

se propone averiguar qué movimientos equivocados ejecutó Sor María de Santo Domingo para ser cuestionada como visionaria y juzgada en un proceso eclesiástico.

El estudio está compuesto por siete capítulos, divididos a su vez en varios apartados, presentados con sugerentes títulos, y encabezados por citas procedentes tanto de las obras de místicas como de la crítica contemporánea. El *corpus* de la investigación viene precedido por un prólogo (9-37), que explica la línea de investigación de la obra y que defiende la necesidad de realizar una investigación comparatista, y concluye con una exhaustiva bibliografía (431-454) que respalda esta investigación y un completísimo índice onomástico (455-465). Los dos primeros capítulos, “La mujer vigilada” (37-82) y “Reconstruyendo el modelo” (83-163), explican la razón de esta construcción basada en un cuidado proceso de imitación: si la sociedad no sancionaba a las religiosas y les era otorgado el rol de místicas, estas mujeres gozaban de un prestigio social del que no podrían haber disfrutado debido a su género y a su, frecuentemente, humilde origen social. Pero la ejecución del modelo, como se intenta demostrar a lo largo de toda la investigación, no dependía exclusivamente de la religiosa, sino de todas las personas que se encontraban a su alrededor, especialmente de sus confesores y compañeras de comunidad, los cuales también podían beneficiarse por estar en una posición cercana a la visionaria. En este sentido, la autora de la obra se aleja de las líneas de investigación feminista, que han tendido a posicionar a la visionaria como la víctima de una sociedad que buscaba por todos los medios frenar el ascenso social de estas mujeres, y se preocupa por entender qué interés movía a confesores y religiosas para querer que estas mujeres fuesen reconocidas como místicas.

Los siguientes cuatro capítulos ahondan en los elementos que construyeron el patrón de la mística femenina. El primero de ellos, “La maternidad y el deseo” (123-163), analiza el mundo afectivo de la mística femenina, manifestado tanto en el anhelo amoroso materno-filial como en el deseo de unión erótica con Cristo, aspiraciones ambas que pueden rastrearse tanto en las biografías de las visionarias como en sus revelaciones, en las que es frecuente encontrar episodios en los que la Virgen les pide que cuiden de su hijo Jesús, o en las que él mismo en su edad adulta las solicita en matrimonio. El segundo capítulo de esta parte del trabajo, “La puesta en escena del dolor” (164-208), trata la manera en que este movimiento espiritual se hizo eco de la *devotio moderna* y recreó la *imitatio christi*. Las visionarias concentraron gran parte de su espiritualidad en la vivencia personal de la Pasión. Así, en sus revelaciones y visiones muchas veces se adueñaban de la voz de Cristo y, según sus biógrafos, sus “cuerpos sufrientes” recibían la enfermedad como una marca de santidad, que mostraba a los observadores la elección que había hecho Dios, llegando incluso a apreciarse los estigmas de la Pasión, como sucedió en el caso de Sor María. Estas marcas, con el avance de los siglos, empezaron a verse con recelo por parte de las autoridades religiosas y, en casos como el de la beata que ocupa el estudio de Sanmartín, se convirtieron en elementos delatores de la herejía. En relación con ese cuerpo predisposto al sufrimiento, se enlaza el siguiente capítulo, “En torno a la comida” (pp. 209-240), en el que se hace un análisis de la relación tortuosa que estas mujeres tuvieron con los alimentos y que ha llevado a parte de la crítica anglosajona a relacionar los patrones de comportamiento de las visionarias con la anorexia nerviosa, puesto que es frecuente encontrar en sus biografías extensos pasajes que describen las penitencias alimenticias, que a su vez tienen su antagonismo en el relato visionario de los festines culinarios que visualizan en sus visiones celestiales. Estas marcas externas de santidad llevan al sexto capítulo, “La puesta en escena del trance” (pp. 241-289), que se centra en el análisis de la teatralidad de los arrebatos visionarios y que permite detenerse en una importante cuestión referida a lo largo de todo el estudio, pero especialmente tratada en este capítulo: el papel de visionaria o mística sólo les es concedido a estas mujeres cuando

el auditorio (confesores, compañeras, autoridades religiosas...) queda persuadido por la *representación*. De los otros depende la perpetuidad de la visionaria y por ello su espiritualidad está manifestada en continuas marcas externas: ayuno, penitencia, santidad, arrobamiento. Cuando los *otros* no quedan conformes, como sucedió en el caso de Sor María, el peso de la sospecha de posesión demoníaca y herejía podía llevar a condenar a la religiosa, que tendría que luchar a partir de ese momento por defender su santidad.

El estudio de Sanmartín Bastida tiene como pretexto el análisis de una figura peninsular concreta, pero con ella todo el panorama místico queda al mismo tiempo redibujado. Con la figura de Sor María se subraya la necesidad de reorientar la crítica hispánica, que deberá a partir de ahora considerar central el estudio del marco continental en el que se inscriben estas figuras. El lector de la obra no solo queda agradecido a este nuevo enfoque por actualizar la bibliografía mística y por abrir numerosas líneas de investigación, sino que también concluye satisfecho por haber disfrutado con la lectura de una obra compuesta con una cuidada y amena prosa que no cede en ningún momento a lo banal y que se preocupa en todo momento por la exhaustividad y el rigor científico que avalan la tesis defendida en la obra.